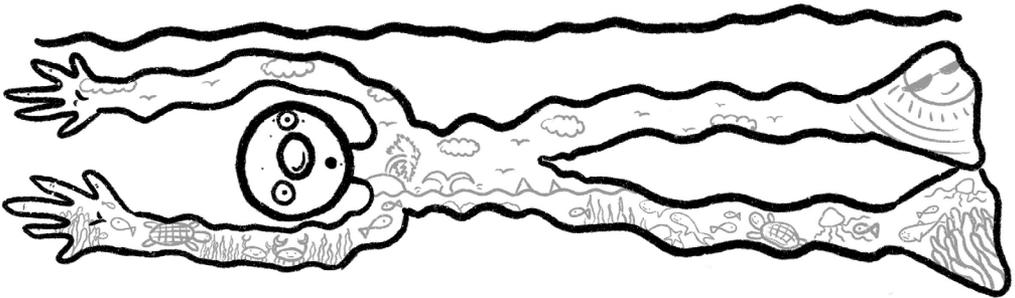


fátm

23

EL ANDAR DE LAS LETRAS



Directorio

Director

Ortega Pérez Manelick Alexis

Comité editorial

Núñez Ibarra Rubén Salvador

Rivas Solís Frida Isabel

Cota Moreno Ana Sofía

Diseño

Andrea Villarreal

Portada, contraportada y portafolio

Michelle Furman

Textos

Mónica Urbina Lagunas

Elizabeth C. Lara

Rodolfo Esquivel Tiscareño

A. Castro

Guillermo Muñoz Hernández

Ramón Ibarra Escobar

Ramón Amador Victoria

Román Díaz Ramos

Andrés Dusse

Miriam Robles Medellín

E. J. Camacho

Julío Cesar Luengas Rodriguez

Norma Dennise
Patricia Alba
Liliana Flores Flores
Victoria Gómez Viñao

Fatum invita a sus lectores a enviar colaboraciones, comentarios o sugerencias al correo electrónico fatum.uabcs@gmail.com, buscarnos en el Facebook *Fatum*. El andar de las letras o en nuestra cuenta de Instagram [@fatum.letras](https://www.instagram.com/fatum.letras).

No se devolverá el material recibido. *Fatum* agradece el continuo apoyo de la Dra. Marta Piña y el Dr. Dante Salgado.

Contenido

Editorial	5
El amor en mi vida	9
De Frankenstein o el patriarcal Prometeo	12
La granja de champiñones	16
Póllet, ¿una simple realidad?	19
Aníbal, la rata	22
Democracia ¡Pffftt!	27
Frente al panteón de Los San Juanes	32
Perspectiva de la Literatura por un estudiante de Psicología	38
Casa de alucinaciones	43
El regalo de una madre	45
En un planeta llamado Tierra	48
El Rincón	54
Yo sólo trato con muertos	57
La magia de la Navidad	63
Deseos decembrina	65
La mátrix	72
Portafolio	77

Editorial

A usted, lector, que tiene en sus manos este ejemplar, déjeme contarle su travesía.

Fatum. El andar de las letras nace en 2001 del esfuerzo de estudiantes de la licenciatura en Lengua y Literatura de la Universidad Autónoma de Baja California Sur (UABCS) en abrir un espacio dedicado al arte para todos aquellos que deseen darse a conocer. A lo largo de los años, el proyecto editorial ha pasado por diversas personas dispuestas a no abandonarlo; sin embargo, no se ha librado del mal tiempo y de la ausencia.

2023 abre con el número 23. No obstante, su conformación inicia en febrero de 2021, donde el comité editorial de aquel entonces, tras una prolongada pausa, regresa lanzando una convocatoria temática por mes que finaliza en abril de 2022 con un total de 18 artistas y obras: para febrero de 2021, amor, amistad o erotismo; marzo de 2021 y 2022, la sensibilidad ante la perspectiva de género y el feminismo; abril de 2021, obra dirigida a un público infantil; mayo, comedia, sátira y humor negro, muy negro; junio, crítica social y ficción antipolítica; julio, crónica y ensayo

breve; agosto, fantasía y ciencia ficción; septiembre, patriota y antipatriota; octubre, terror, horror y suspenso; diciembre, Navidad; y abril de 2022, primavera lírica.

2021

FEBRERO



El amor en mi vida

Mónica Urbina Lagunas

*A Ana y Yaz,
por no dejar de sonreírme.*

Quiero una canción de amor
que no lleve el nombre de él.
Una canción de lluvia
de hojas,
de personas que no festejan nada.
Tal vez, quiero una sonrisa eterna,
limpia de insinuaciones,
del susurro que guardan en la cabeza
los perros.

Quiero terminar aquí,
a mi lado.
Pensando en las nubes y en su posible regreso.
En el pequeño pájaro que hizo de mi cabello un nido.
Y voló, dejándome,
esperando,

como las ramas de los árboles,
los rayos del sol.

Así aguardo el momento.

El segundo.

El tiempo.

El nombre del día que aún no invento.

Llorar no hará más ligeras las esperas.

Sólo las hace deliciosas, húmedas y secretas.

Después de eso,

sólo está mi nombre, impaciente,

esperando que lo acepte como
el amor en mi vida.

MARZO



De Frankenstein o el patriarcal Prometeo

Elizabeth C. Lara

A veces me siento la creación de Mary Shelley.
A veces voy desde la pequeña Suiza que es mi habitación
hasta el desolador Ártico que es la cocina
en búsqueda del que me formó.

A veces en el camino a la venganza
voy perdiendo una pierna o la boca,
otras veces, el corazón.

A veces solo me quedo en el sótano de una buena
[familia,
escuchando entre paredes,
aprendiendo a ser menos monstruo;
veo la belleza de las polillas,
de la humedad que anuncia que afuera llueve,
de los pequeños rayos de luz que llegan en forma de un
[verso.

A veces, también, la tranquilidad de almas
con una mesa dispuesta me da valor,
pienso que esta buena familia me va a aceptar

y salgo. Entonces, el más cristiano corazón toma un
[palo

y me da lo que merezco;
el desprecio, la rabia, la desaprobación
por mis formas tan poco humanas:
tengo piel verde
y un corazón no rojo sino malva,
moradas mis mejillas,
un brazo fuerte y otro suave,
un lenguaje fragmentado.
Digo vida y ellos escuchan muerte;
digo amor y ellos, rebelión.

Les pregunto por qué me formaron así:
con la mano izquierda de una mujer,
la otra de un demonio,
la boca cosida de una serpiente,
los ojos de una pirómana,
las piernas de una sirena,
que algunos días cambia su voz.
Solo me responden “eres un monstruo, lárgate de
[aquí”,
hacen un retrato de mí,
lo difunden por toda la casa-pueblo
y fuera de.

Los pequeños me tienen miedo.
Desde mi nacimiento
hasta ahora solo he acumulado el odio ajeno
vuelto hacia mí misma.

Espero encontrar a Frankenstein y destruirlo como él
[a mí.

ABRIL



La granja de champiñones

Rodolfo Esquivel Tiscareño

Lupe trabaja en su granja de champiñones. En esta tiene todo tipo de hongos: los grandes, los anchos, los altos, los todavía más grandes, los pequeños, los de dos cabezas e incluso los más chaparros y gorditos. Los colores no se quedan atrás: se pueden ver los rojos, cafés, amarillos, con puntos, con rayas, blancos y una vez juraría haber visto uno azul.

Lupe quiere mucho a cada uno de sus champiñones. Cada mañana los cubre del sol, pues los hongos crecen mejor en la oscuridad. En la noche los deja dormir descubiertos para que puedan refrescarse con la llovizna que siempre llega puntual a media noche. Como extra, a Lupe le gusta cubrirlos con migajas de pan para que tengan algo de comer.

Cuando los champiñones cumplen un mes de edad y sus bracitos y piernitas son lo suficientemente fuertes, cada uno recibe su corbata de moño para empezar a asistir a la escuela.

La maestra Lupe es la mejor enseñando a los champiñones. De ocho a nueve les enseña las figuras, a sumar

y a restar. De nueve a diez tienen la clase de dibujo. De diez a once sigue la clase de historia y al finalizar se toma un descanso para comer. De doce a trece hay clase de escritura, y de trece a catorce hay clase de derecho (a los champiñones les encantan las leyes, aunque no las siguen muy bien), pero solo los lunes, miércoles y viernes, pues los martes y jueves el profe Adrián enseña danza: esta es la única clase que no enseña Lupe, pues ella es un poco torpe con los pies y siempre tropieza con su cola. Si los tlacuaches no tuvieran la cola pelona, definitivamente Lupe ya se habría arrancado todos los pelitos. Por su lado, Adrián tiene ancas muy largas y ágiles y su color verde lo hace distinguirse muy bien en el escenario.

Pasado un año de escuela, los champiñones deben marcharse. Es triste decir adiós, pero habiendo aprendido todo lo necesario para cuidarse, los champiñones comienzan su viaje hacia el bosque, no sin antes recibir cada uno un beso en la frente de parte de Lupe, quien a pesar de saber que las despedidas no son el final y que sus pequeños vivirán vidas largas y felices, siempre suelta dos que tres dulces lágrimas que al final seca con su delantal.

Por suerte para Lupe, unos cuantos champiñones deciden quedarse con ella para ayudarla a trabajar

en sus otros jardines (de tomates, albahaca, tortillas, etc.), incluso han formado un coro que se reúne todos los fines de semana a practicar. ¿Quién diría que sin tener boca se podría cantar tan bien?

En cuanto a todos los otros champiñones que dejaron la granja, es difícil decir a qué se dedican, pues ni yo lo sé. Lo que sí sé es que parece irles bien, ya que, al menos una vez al mes, Lupe recibe cartas de sus pequeños con historias, garabatos, buenos deseos, y también algún saludo para el profe Adrián, quien siempre se sonroja cuando le leen las cartas.

El próximo año Lupe dejará de cultivar champiñones. Ella ama ese trabajo, pero tampoco queremos sobrepoblación de champiñones, ¿verdad? De todos modos, gracias a su gran esfuerzo, los hongos ya no están en peligro de extinción. Ahora podrá poner más atención en sus otros cultivos y al fin empezará a escribir la novela de amor que tanto ha planeado. Adrián está en charlas para conseguir un papel en una gran obra de teatro en la ciudad, y los hongos coristas planean seguir en la granja. Por el momento, lo único que le preocuparía a Lupe sería que su casa esté limpia cuando el resto de sus pequeños regresen a visitarla.

Póllet, ¿una simple realidad?

A. Castro

La inocencia de un niño,
la veracidad de las cosas,
la dulzura del armiño
y la verdad sospechosa.
Con actitud tranquila,
pero a la vez explosiva,
en casos caprichosa,
aunque siempre maravillosa...

Tenemos la mirada puesta en ellos,
recargamos todo el peso de nuestros errores,
no les construimos un mundo bello.
Esto está lleno de caos, guerras y rencores.
Decimos quererlos con ternura,
mas los abandonamos y dejamos sin fortuna.
¡Que ellos prueben de la amargura!
Los dejamos en los suelos en una simple cuna.
¿Realmente merecen algún pesar?
solo juegan y se divierten sin más,

por favor, no los hagan más llorar,
que disfruten de su niñez con los demás.

¡Vivan! ¡vivan!
Hoy es su gran día
disfruten, sonrían,
que muchos regalos reciban,

Sigan siendo los de siempre,
que nadie les quite su niñez,
vivan con muchas ganas,
llegando siempre a la exquisitez.
¡Que suenen sus canciones!
que se vean los pompones.
Hoy los niños son los campeones.
¡No los tratemos como simples peones!

MAYO



Aníbal, la rata

Guillermo Muñoz Hernández

¿Ves esa rata que corre ahí? Es Aníbal. Es una rata muy solitaria. Procura correr sola por todos lados hasta que llegan momentos de gran inactividad y se encierra en su madriguera, viendo con sus pequeños ojos cafés cómo pasan los humanos y cómo las demás ratas la ven raro. Aníbal no es ni más grande ni más chica que las demás ratas. En realidad, no se le diferencia mucho de las demás, excepto porque su oreja tiene un corte que hace que la parte más grande caiga hacia adelante. Esto tiene a Aníbal sin la más mínima preocupación. No le afecta para conseguir comida ni para defenderse de las otras ratas, cosa que en realidad evita. Evita los conflictos, no porque tenga miedo, sino porque simplemente no tolera la interacción con otras ratas.

A Aníbal le interesan más los humanos. Le gusta observarlos desde las alturas, detrás de los focos de sus casas. Los mira mientras come, mientras ellos ven la televisión, los ve hablar y los ve discutir. No entiende mucho de lo que hablan; bueno, en realidad nada, pero le entretiene verlos hacer cosas absurdas, aunque una

vez que Aníbal lo piensa bien no son muy diferentes a las ratas: se gritan, pelean, fornican, corren, comen, mueren, pero sobre todo pareciera que se lamentan de estar en donde están. Cuando esto pasa Aníbal se aburre de verlos y prefiere bajar por las tuberías y conseguir un bocadillo y tal vez asustar a alguna señora gorda, esto le da la paz suficiente para dormir.

A veces Aníbal sueña, sueña que es un humano y camina erguido en dos patas, muy orgulloso y seguro de hacia donde va, porque sabe que adonde vaya, solo cambia el paisaje. Se ve vestido con extrañas ropas que al inicio le ponen incómodo, pero después de un rato no le molestan. De hecho, se quiere comprar más. Va y se compra más ropa, va a lugares en donde hay muchas luces de colores, consigue una hembra y fornican como humanos. Ella encima de él, lento, ella se mueve sobre él y él no le encuentra sentido a esto. Ella pone sus tetas en la cara para que las chupe como si fuera un crio, lo hace y regresa a su niñez, le gusta y lo sigue haciendo. Este cuerpo permite ponerse en posiciones extrañas, lo hace porque solo así será bueno.

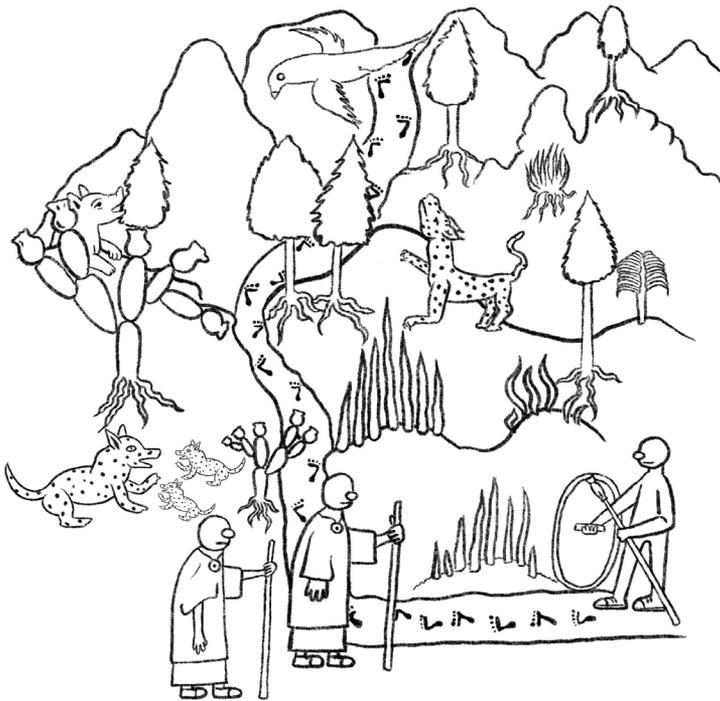
Cuando él es rata fuera de este sueño caótico solo posee una madriguera alejada de todos los demás ratones, porque como ya dijimos a Aníbal le agrada más estar solo. En su sueño, Aníbal tiene una casa como las

que siempre veía, separada por paredes y con mucha comida. No sabe por qué, pero le gusta ver personas pequeñas en rectángulos negros, se divierte. En fin, come, duerme, fornicación y repite, así que está obligado a relacionarse con otros humanos. No quiere, pero lo hace. Aníbal recuerda cómo cuando era una rata no le era obligatorio ser parte de las manadas, ahora se obliga a ser feliz enfrente de los demás, a comer con ellos, a trabajar con ellos, a trabajar, ¿qué es trabajar? Vaya, pues es hacer lo que no te gusta para que te den algo que te haga menos infeliz por trabajar, eso es trabajar.

Aníbal conoce a muchas hembras, con todas fornicación y cada vez se vuelve más y más aburrido. Preferiría asustarlas y ver como corren de él, pero no puede, su deber es fornicarlas bien, como humanos. Una de la hembras le dice que van a tener una camada, su madri-guera separada ya no es nada más de él, tiene que compartir su alimento y ya no puede fornicar con ninguna otra hembra, su vida cada vez pesa más. Ahora ya no corre de los gatos, esos hijos de puta, ahora corre de otros humanos. Otro humano llega y le chilla, el chilla, el otro chilla más fuerte. Aníbal deja de chillar, tiene miedo, como si ese humano fuera otro gato, pero no es ni más grande ni más fuerte que él. Aníbal tiene miedo.

Aníbal sube a diario al enorme gusano anaranjado, pelea con otros humanos, se empuja y se hacina como si fueran ratas, chillan, se miran, huelen a ratas. Llega a su madriguera y ahí está la hembra, sentada, viendo la caja negra. Aníbal se enoja, él tuvo que ir a conseguir la comida y ella ahí. Aníbal extraña cada vez más ser una rata, la vida de los seres humanos es muy complicada. De pronto despierta, es una rata, pero ya no la rata humana, es una rata gris, tiene que dejar de ver a los humanos, le causan pesadillas. Irá a asustar a un par de señoras gordas y por un bocadillo, tiene que quitarse el mal sabor de boca. Sale de su guarida y cruza corriendo la calle y un auto de la nada lo aplasta. Aníbal, pequeño hijo de puta, la vida de las ratas tampoco es tan sencilla ¿cierto?

JUNIO



Democracia ¡Pffftt!

Ramón Ibarra Escobar

Una cola de 15 personas. Solazo. Ninguna sombra donde protegerse. Delante de mí, en la fila, un viejito de unos 70 años. Pantalón de terlenka gris, bien planchado, camisa a cuadros fajada muy arriba para mi gusto. Cinto piteado que no combina con los zapatos negros recién boleados. Pocos pelos, pero bien peinados. Veo que se preparó desde muy temprano para el evento. Usa un bastón con unas calcomanías del partido de ya saben quién. Escucho perros ladrar. El viejito voltea hacia atrás y después del clásico “¿Qué calor verdad?” iniciamos una conversación.

—¿Quién cree que vaya a ganar? —pregunta él.

—La verdad, me da lo mismo. No me interesa —le respondo.

—¿Cómo? —quiere saber, sorprendido.

—Sí, quien gane o quien pierda me tiene sin cuidado.

—Pero, joven, ¿es que usted no tiene un candidato a quien apoyar?

—No. Jamás lo tuve ni lo tendré. No confío en los políticos. Todos y cada uno de ellos son corruptos y aprovechados. Y cito a mi nana Chuy, quien llena de sabiduría dijo una vez mientras miraba unos espectaculares de campaña: “son puros sinvergüenzas”.

El sol cae a plomo. Siento una gota de sudor corriendo por mi espalda.

—No podría negarle eso. Pero entonces, entiendo que usted solo está cumpliendo con su deber ciudadano al emitir su voto y así mantener nuestro derecho a elegir.

—Altamente democrático su aserto. Pero no, tampoco estoy interesado en votar.

—Explíqueme qué hace usted formado en esta fila entonces. Esta es una fila para votar y elegir gobernantes. Hágame el favor de cederle el lugar a otra persona comprometida con la democracia —dice, visiblemente molesto y levantando la voz.

—¿Es que no puedo formarme aquí? —le contesto—. ¿Quién lo hizo a usted encargado de determinar quién se forma y quién no? Si yo quiero, puedo formarme en la fila de una tortillería y no comprar tortillas. O formarme en la fila para entrar al cine y no comprar boleto ni ver la película. Yo decido eso, no usted. Si quiero me formo, y si quiero voto o no

voto. No me interesaba votar. Es más, mi voto y el suyo me los paso por el arco del triunfo.

El viejito comienza a parpadear muy rápido con el ojo derecho, como un tic nervioso. Quiere despotricar contra mi ideología que seguramente encuentra absurda y disparatada. En eso, recibo un bastonazo en mi espalda. El ladrido de perros se incrementa. Volteo hacia atrás y veo que el autor del golpe es otro viejito. Había estado escuchando toda nuestra conversación. Es idéntico, terlenka, zapatos boleaditos, pocos pelos.

—¡Irrespetuoso! ¿Cómo se te ocurre mancillar de esa manera el derecho sagrado que representa el voto?
—recrimina el viejito número dos, mientras me golpea de nuevo.

Ahora también recibo bastonazos de parte del viejito número uno, quién en nombre de la democracia se une al castigo contra mi postura sacrílega. Salgo de la fila para defenderme y veo con sorpresa, que toda la fila está compuesta de viejitos con bastón y pantalones de terlenka. No solo eso, también los funcionarios de casillas son idénticos. Estos no me golpean, pero si me gritan al unísono “¡hereje democrático!”, “¡hereje democrático!”.

Entonces, ante el apoyo masivo, todos los viejitos rompen filas y se abalanzan sobre mí blandiendo sus

bastones y yo no tengo más remedio que huir del lugar y poner los pies en polvorosa. Yo intento correr más rápido, pero no puedo, siento mis piernas como si se hundieran en arenas movedizas. Escucho los ladridos detrás de mí, como si una jauría me persiguiera. Entonces comienzo a pensar que todo esto es un sueño, pues todo es tan irreal, vaya, yo ni siquiera voto. De repente, todo se pone negro y los ladridos de los perros se hacen más fuertes.

Despierto y veo que tenía razón, aquello era solo una horrible pesadilla que me ubicaba en la fila de una casilla para votar, rodeado de gente retrógrada e intolerante. Mis perros ladran. Me levanto, me visto y salgo a la puerta principal para ver qué pasa. Los perros le ladran a alguien que está tocando la puerta insistentemente. Abro la puerta y con una hermosa y enorme sonrisa, un representante del INE me saluda. Trae consigo una carta del instituto, la cual me entrega. La abro y puedo ver que en grandes letras dice: “¡Felicidades, has sido seleccionado como representante de casilla para las elecciones más grandes de la historia!”.

JULIO



Frente al panteón de Los San Juanes

Ramón Amador Victoria

El panteón más antiguo de la ciudad de La Paz, reconocido gracias a un plano del puerto fechado en el año 1847, se encontraba en la salida del camino a La Huerta, ubicado en el lugar que actualmente corresponde a la manzana formada por las calles Guillermo Prieto, Independencia, Reforma y Aquiles Serdán; posteriormente se ubicó otro panteón en un lugar más alejado, en las antiguas manzanas 282 y 284 que corresponden en la actualidad a las calles 5 de Mayo, Félix Ortega, Hidalgo y Marcelo Rubio. Ambos panteones de la ciudad, fueron reconocidos como Panteón y Cementerio, respectivamente, y estuvieron funcionando hasta el primer decenio del siglo XX.

No obstante, estos primeros panteones no cumplían con las demandas de higiene y salubridad, por lo que en la sesión del 3 de enero de 1882 las autoridades políticas del Territorio y del Ayuntamiento de la ciudad de La Paz señalaron el nuevo espacio que ocuparía el llamado “Panteón Municipal”; así, con una extensión de

100 metros por lado, sería establecido rumbo a la colonia El Esterito, en los límites norte y este de la ciudad, en la prolongación de la calles Frontera y más allá de la duodécima (hoy en día, H. Colegio Militar e Isabel la Católica, respectivamente). Fue el 5 de mayo de 1882, la fecha en que se colocó la primera piedra del nuevo panteón, reconocido posteriormente con el nombre de “Los San Juanes”. (González, 2016: 167)

Con el paso de los años, respondiendo a la ornamentación de la ciudad y al mantenimiento del sitio, el Ayuntamiento de La Paz fue haciendo constantes mejoras al entonces nuevo panteón municipal. Entre tantas construcciones emblemáticas que se han levantado con el pasar del tiempo resaltan especialmente un par de capillas que fueron construidas en el año 1892, es decir, diez años después de que se colocara la primera piedra de inauguración del nuevo panteón.

Los antecedentes relativos a la construcción de las dos capillas los encontramos en unos documentos del año 1892 (AHPLM). En una serie de correspondencias entre el Secretario del Ayuntamiento de La Paz, Adrián Valadés, el Tesorero Municipal y el Presidente del Municipal de La Paz, se aclaró que las dos piezas que fueron construidas serían utilizadas “para descanso o depósito de cadáveres”. En un comunicado, con fecha

del 25 de mayo del antedicho año de 1892, las comisiones de Hacienda y Panteón expresaron que, tras una examinación detenida de los gastos erogados por el Jefe Político en las dos piezas que se construyeron en el panteón municipal para depósito de cadáveres, encontraron los costes perfectamente justificables; añadiendo que dichos gastos se habían realizado de la manera más económica. En vista de ello, propusieron al Ayuntamiento de la ciudad las siguientes resoluciones: Primero, se pidió que diesen la orden a la Tesorería para que, desde luego, pagase la cantidad de 832.47 pesos que correspondieron a las cuentas de los gastos de construcción de las dos salas que, para depósito de cadáveres, se construyeron en el Panteón Municipal de esta ciudad. Segundo, solicitaron la autorización para seguir haciendo los gastos que faltasen hasta la completa terminación de las mejoras, poniéndose de acuerdo con el Jefe Político. Y tercero, se pidió que diesen las gracias al Jefe Político, General Bonifacio Topete, por su disposición para la realización de la mejora antes dicha. En la sesión del 3 de junio, del mismo año, fueron aprobadas en todas sus partes las disposiciones anteriores.

La tarea de construcción no quedaría frenada. Un poco después, durante el mismo año, en un comuni-

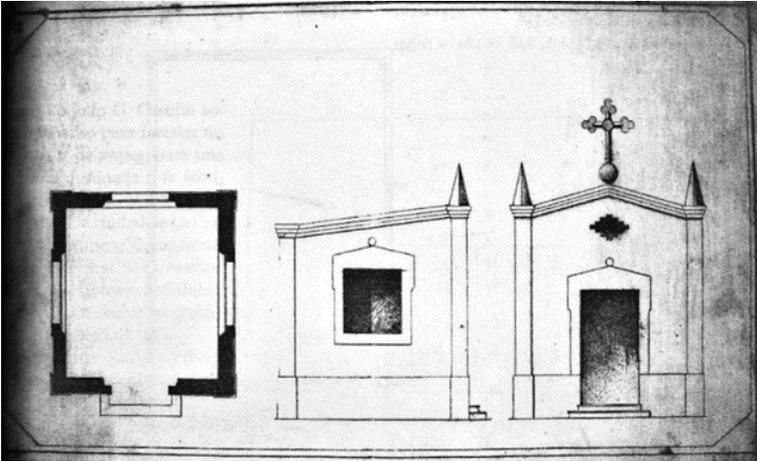
cado remitido por Ángel G. Ortiz al Presidente Municipal de La Paz, se notificó que el Jefe Político había aprobado el gasto de 139 pesos efectuado en la compra de 160 fanegas de cal de las cuales se usó una parte en las “salas de depósito” que se construyeron en el panteón.

En el transcurso de los años siguieron efectuándose mejoras, tanto en las dos salas como en todo el panteón de Los San Juanes. Desde finales del siglo XIX hasta el tercer cuarto del siglo XX el sendero derivado de las dos capillas fue la única entrada al panteón de Los Sanjuanes hasta que el panteón se amplió hacia el poniente en el último cuarto del siglo XX, quedando a 77 metros de distancia del nuevo acceso principal. Una de las capillas se usó por mucho tiempo como almacén, convertida ahora en un lugar de oración, mientras que la otra es utilizada como oficina administrativa. En sus alrededores, existen además algunas tumbas pertenecientes a personas de familias paceñas muy conocidas del siglo XIX, tales como las familias Vives, Ruffo, Von Borstel, Balarezo, Canseco, Arriola, Hidalgo, Encinas, González, Viosca, entre muchos otras.

Fuentes de referencia

ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ. **Acervo documental:** (1892. La Paz, agosto 31). Ramo: Porfirato. Sección: Ayuntamiento. Documento 32. Exp. S/N (IV/V-237/E-S/N/L-1/9FF). **Acervo cartográfico:** MPD Núm. 99/ Mapoteca/ Planero/ Gaveta núm.

GONZÁLEZ CRUZ, Edith, RIVAS HERNÁNDEZ, Ignacio, ALTABLE, Francisco, *La Paz, sus tiempos y espacios sociales, México*, Gobierno del Estado de Baja California Sur, Secretaría de Cultura, Instituto Sudcaliforniano de Cultura, Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2016.



Plano que contiene la planta de las capillas con un acceso y tres ventanas, la fachada lateral y la fachada frontal (AHPLM, Acervo cartográfico: MPD Núm. 99/ Mapoteca/ Planero/ Gaveta núm.6)



Cortejo fúnebre frente a las capillas en el acceso al panteón de Los Sanjuanés (AHPLM, 18 mayo 1922, No. de inventario: 4286. Título de serie: panteones).

Perspectiva de la Literatura por un estudiante de Psicología

Román Díaz Ramos

Gracias a la literatura, junto con todos los símbolos posibles, retratamos nuestra curva dramática, influenciada por esa paz, si no, ese conflicto, eso que percibimos tanto dentro como fuera, que resulta en historias que son desde trágicas hasta cómicas.

Por eso considero que hay días en los que la escritura fluye de manera distinta, en realidad, tanto ese flujo como esa complejidad a veces motiva y otras abrume, por si fuera poco, esa dualidad también es lo que nos identifica. Al igual que la manera en la que fluimos, esa curva dramática individual, junto con la práctica constante de la literatura, podemos fortalecer un sentido a todas esas interpretaciones: experiencias, sentimientos, ideas, que están relacionadas y construidas con los potenciales de acción en las neuronas, compuestos electroquímicos, además de átomos, con lo que también son parte. Entre algunas de esas variables se crea una coyuntura armónica que se manifi-

esta en la literatura, sólo si queremos sentirlo, porque existe en cada uno.

Por eso sostengo que es importante validar tu centro, quererse, aunque suene difícil, aunque sea difícil, porque no hay nada más bello que el movimiento de una persona en su sentido más personal.

Aunque no estemos acostumbrados a ser una tempestad, mientras queremos proyectar tranquilidad para dar amor, sólo nos queda lo auténtico, somos como la arena que parece que no cambia, aunque a veces se derrumba, tal como se construye, también como el mar, como el aire, como el calor del fuego y el fuego, como la unión de todos esos fenómenos. Se crea un flujo especial, igualmente símbolos, junto con interpretaciones, además de interacciones, se forma una historia que inevitablemente nos representa, durante el viaje de las propiedades de la materia hasta la literatura.

A través de esos símbolos, hay una persona que quiere ser manifestada, quizás crear un antecedente, quizás que sea comprendida, quizás solo que se le conozca a la distancia, en ese íntimo silencio literario, quién sabe. Para cerrar la idea, considero que la literatura es ese viaje, a través de lo más pequeño de las partículas, hasta lo más inmenso que influye en

nosotros en su sentido más complejo, fenomenal y humano.

Fenomenal, hasta lo más inmenso que influye en nosotros en su sentido más complejo, a través de lo más pequeño de las partículas, considero que la literatura es ese viaje, para cerrar la idea. Quién sabe, en ese íntimo silencio literario, quizás solo que se le conozca a la distancia, quizás que sea comprendida, quizás crear un antecedente, hay una persona que quiere ser manifestada, a través de esos símbolos.

Durante el viaje de las propiedades de la materia hasta la literatura, se forma una historia que inevitablemente nos representa, además de interacciones, junto con interpretaciones, igualmente símbolos, se crea un flujo especial. Como la unión de todos esos fenómenos, como el calor del fuego y el fuego, como el aire, también como el mar, tal como se construye, aunque a veces se derrumba, somos como la arena que parece que no cambia, solo nos queda lo auténtico, mientras queremos proyectar tranquilidad para dar amor, aunque no estemos acostumbrados a ser una tempestad.

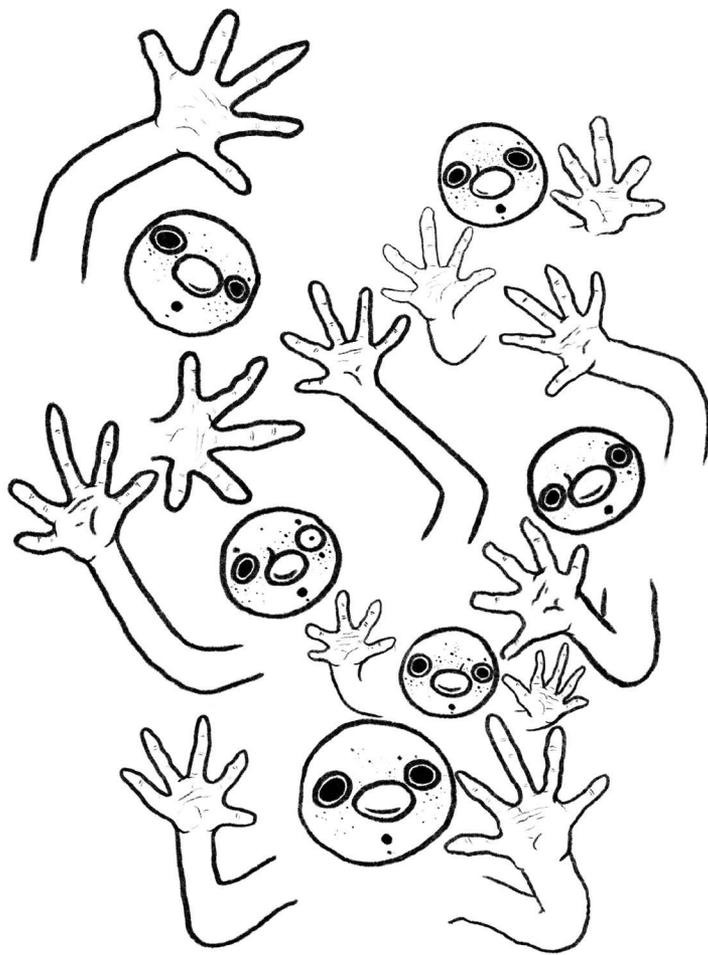
Porque no hay nada más bello que el movimiento de una persona en su sentido más personal, aunque sea

difícil, aunque suene difícil, quererse, por eso sostengo que es importante validar tu centro.

Porque existe en cada uno, sólo si queremos sentirlo, entre algunas de esas variables se crea una coyuntura armónica que se manifiesta en la literatura. Con lo que también son parte, además de átomos, compuestos electroquímicos, los potenciales de acción en las neuronas, que están relacionadas y construidas con ideas, sentimientos, experiencias, podemos fortalecer un sentido a todas esas interpretaciones: junto con la práctica constante de la literatura, al igual que la manera en la que fluimos con esa curva dramática individual. Esa dualidad también es lo que nos identifica, por si fuera poco, tanto ese flujo como esa complejidad a veces motiva y otras abrumba, en realidad, por eso considero que hay días en los que la escritura fluye de manera distinta.

Historias que son desde trágicas hasta cómicas, que resulta en eso que percibimos tanto dentro como fuera, ese conflicto, si no, influida por esa paz, retratamos nuestra curva dramática, junto con todos los símbolos posibles, gracias a la literatura.

AGOSTO



Casa de alucinaciones

Andrés Dusse

Vivo en tierra de gigantes,
pero yo solo persigo tu huella.
Vivo a la lucidez de tu alma,
y a lo que nos depara rea.

El tiempo ha pasado,
ahora hábito en otro mundo;
dónde habitan seres extraordinarios,
que en otros lados nunca se hubiesen imaginado.

Los colores tienen olor,
la música tiene color,
ahora se puede ver el viento,
se viaja a un mundo paralelo.

Dentro de él soy quien quiero,
Cronos y controlo el tiempo,
Nuclear de energía lleno,
Onironauta para viajar a sus sueños.

El sonar de una sirena en la tina aumenta,
el señor minotauro comparte mi habitación
él conmigo sus memorias cuenta,
en mi cajón de secretos otro mundo se encuentra.

El cielo es colores, con un pestañeo cambial
la noche se convierte en el espacio de dragones
nadie cree ni una de mis menciones.
Cruzo la puerta,
se acaban las alucinaciones.

El regalo de una madre

Miriam Robles Medellín

Mi hija siempre soñó con tener un vestido fino. Le faltaba muy poco para cumplir sus quince años cuando me diagnosticaron una rara enfermedad. A partir de ahí, la noticia nos arrancó la sonrisa festiva que lucíamos meses atrás y todo el dinero ahorrado para la fiesta se redujo a mis gastos médicos. Pobrecita mi niña, cada billete entregado en una farmacia le restaba luz a su mirada. Me sentía endeudada con su alegría.

Con el paso de los días, unos gigantescos nubarrones se posaron sobre nuestras cabezas. Vinieron a alimentarse de pura angustia y desesperanza, ensombrecieron su rostro y con ello, atormentaron mi alma. Las noches se volvieron insostenibles para ambas, la escuchaba sollozar mientras me retorció de fiebre entre las cobijas. Ya no éramos merecedoras del plácido sueño que reconforta. Ahora si alguna lograba dormir un poco, de todas formas vivíamos exhaustas.

La enfermedad arreciaba dentro mí. Se gestaba una bestia hambrienta de dolor y llanto que me carcomía los pensamientos más felices y quebrantaba

sin piedad mi espíritu debilitado. Pobre hija mía, cada noche en vela se aferraba a ese único deseo que la mantenía ilusionada, aún soñaba con poder comprarse un vestidito elegante de satín, tal vez aterciopelado o de encaje, puede que quisiera una falda pomposa cubierta de tul... Así se nos iban las horas negras, platicándome en voz bajita sus anhelos hasta quedarse dormida entre mis brazos. Al despertar, corría al baño para ocultarse de mí y llorar amargamente. Mi niña lloraba la pena de no llegar a verse como la princesa de mamá. Mis últimas noches continuaron siendo insoportables con su llanto y mis dolores de enferma terminal: postrada en la cama, sufría una larga agonía sin tregua. Un par de meses después, la brisa otoñal se presentó ante mí con un manto oscuro que extinguió el brillo en mis ojos y luego, mi débil corazón se apagó para siempre.

Durante el sepelio, ninguno de los dolientes se percató de lo que me seguía atormentando bajo tierra. Concluido el funeral, un viento frío resopló en el cementerio y un pendiente más se escapó de la reciente sepultura, volando por encima de ellos. Nadie pareció escucharlo, excepto un diminuto ser que se encontraba en mi tumba y prometió ayudarme a cumplir mi última voluntad: que mi hija tuviera su vestido fino. El gusano utilizó el trozo restante del hilo de plata que se des-

prendía de mi alma y reunió cada una de las lágrimas derramadas por mi niña, todas las que habían caído sobre las rosas del féretro. Hizo un vestido hermoso de seda luminosa con los preciosos cristales de sal, subió a la superficie y lo dejó sobre mi lápida. Mis noches se volvieron eternas y finalmente, pude descansar en paz.

En un planeta llamado Tierra

E. J. Camacho

*Para Nabi, que el universo tuvo la gentileza
de cruzar nuestros caminos.*

He muerto, pero ¿por qué?, ¿cuál fue mi error? No podía mover un solo músculo. A decir verdad, no podía sentir nada; dejé de sufrir aquel terrible dolor que me habían estado provocando durante días. Ahora solo quedaban mis pensamientos...

Todo comenzó en una noche estrellada. Como en todas, me encontraba mirando las estrellas por largos ratos, pensando en la misma cuestión de siempre: ¿existirá vida en otros planetas? La vida exoplanetaria me apasionaba a tal grado que era el tema principal de mis investigaciones, en especial el transporte intergaláctico.

Esa noche no fue como las demás; un objeto formó una estela violeta aumentando la belleza del firmamento. En un principio pensé que se trataba de un simple meteoro, pero este no se desintegró en la atmósfera, por lo que terminó estrellándose. Me dirigí

al punto donde había caído y fue entonces cuando vi, por primera vez, lo que me condenaría.

Era una máquina, una especie de satélite artificial; en su interior se encontraba un disco de oro con diagramas extraños grabados en él. Contenía la información de una civilización ubicada en el sistema de la estrella 3K-962, en un planeta llamado Tierra.

No había demasiada información acerca de ellos, pero sí la suficiente como para maravillarme de su civilización y su planeta. Se hacían llamar Humanidad, y estudié con detalle su increíble anatomía. No tenían piel roja y escamosa como la mía, sino una piel suave que podía ser de diferentes colores; sus pupilas eran circulares rodeadas de un blanco puro, a diferencia de mis negras pupilas rectangulares y horizontales en el centro de un ojo amarillo; a diferencia de mí, ellos sí tenían boca por la que emitían hermosos sonidos, deduje que se comunicaban de esa manera. Salvo la ausencia de nariz y boca, así como de mis dedos largos, nuestra anatomía era bastante parecida.

Desconocía el propósito del satélite, pero sentía que lo enviaron especialmente para mí. Noté que querían contactar conmigo, que aprendiera todo lo posible acerca de ellos, que los visitara... Y fue así como tomé la peor decisión de mi vida.

Al haber dedicado gran parte de mi tiempo al transporte intergaláctico, solo necesité colocar las coordenadas de la Tierra en el Puente, y en un par de segundos ya estaba pisando el mismo planeta que ellos.

Compartíamos el cielo estrellado, pero el suyo era mil veces mejor. La luna del planeta Tierra era hipnotizante, y también lo era para los humanos, pues había un grupo de ellos observándola a la orilla de un enorme contenedor de agua. Si no me equivoco, era lo que llamaban Océano.

Estaba nervioso, pues no me comunicaba mediante sonidos como lo hacían ellos, pero llevaba conmigo el disco de oro para demostrarles que su mensaje había llegado a mí; así que me acerqué lentamente. Por primera vez, vi frente a mis ojos aquello con lo que soñaba cuando dejaba volar mi imaginación. Sería la primera vez que haría contacto con una especie exoplanetaria. Por primera vez podría comunicarme con estas maravillosas criaturas.

Quería contarles todo acerca de mi mundo. Nuestros avances científicos y sociales; que no existe el dinero y que la riqueza se determina por la intelectualidad de cada uno; que en una ocasión nosotros hicimos lo mismo que ellos, pero en lugar de enviar un disco, enviamos a una especie de nuestro planeta: un ser sin

esqueleto y con ocho tentáculos. Su objetivo era viajar por el cosmos, arribar en un planeta y compartir nuestros conocimientos.

Quería saber todo acerca de ellos, quería conocer a la humanidad, pero gritos, golpes y disparos fue lo único que conseguí durante toda la noche...

Me alejé de ese lugar abrazando mi disco. Pensé que lo reconocerían, pero tal parece que los asustó, o tal vez fue mi apariencia monstruosa comparada con la suya.

Los humanos me odiaban, me tenían miedo y yo era incapaz de comunicarles mis intenciones. Nunca me dieron la oportunidad.

No podía regresar a mi planeta. El Puente solo funcionaba para ir, no para regresar. Mi entusiasmo me hizo pensar que, de no poder regresar a mi planeta, los humanos me alojarían en el suyo mientras construía otro Puente. Comenzaba a creer que eso jamás pasaría... Un pelotón de humanos me acorraló, me dispararon y después de eso, me desmayé.

Desperté en un lugar oscuro, amarrado y rodeado de humanos con batas blancas. Desde entonces, lo único que sentí los siguientes días fue dolor; aunque no puedo asegurar que hayan pasado días, pues no podía ver nada más allá de ese cuarto, pero daba la impresión

de ser una eternidad. Me atravesaron con cuchillas, cortaron mi piel, succionaron mi sangre y sacaron mis ojos. Por último, vi a uno de los humanos sosteniendo un artefacto con una cuchilla circular, escuché el ruido más horrible de mi vida, seguido de un agudo dolor en mi cabeza. Y ahí terminó mi sufrimiento, desde entonces no siento nada.

Solo quería mi disco, era lo único que me hacía creer que la humanidad me buscó para conocerme y no para torturarme. Quise pedirlo, pero escuché a un humano decir que ya habían conseguido el último de ellos.

A pesar de todo, mi fascinación por haber encontrado vida en otro planeta nunca declinó. Es verdad, me habían hecho cosas atroces, pero debían tener algún motivo. Quizás yo era una amenaza, quizás deshacerse de mí era lo mejor. No quería hacerle daño a ninguno de ellos.

Todo terminó para mí, pero enviaré estas ondas cerebrales al espacio. Otra civilización en la galaxia debe enterarse de lo que me sucedió, y lo que les puede llegar a suceder. Aunque haya perdonado a la humanidad, debo advertirles: nunca vengan a la Tierra.

SEPTIEMBRE



El Rincón

Julio Cesar Luengas Rodriguez

Lanzo mi pluma para protegerme de la realidad
Esa realidad que arroja pleonasmos sin fin
Ella divide y causa conflicto en lo que es bello y aceptado
Lucho contra ella para conquistar mi verdadera patria
En su abrazo encuentro olores y colores de un mundo
[extraño

Su geografía me muestra el camino de la redención
Ella es tan sagrada y sagrada la tierra que la consume
Su eterno canto me impulsa a conquistar sus rincones
Tomo aire y lo emulo en sonidos a través de las letras
Transformo los sonidos en imágenes
Con imágenes completo el himno de mi sagrada patria
De ella que es mi patria
Que todo cumple y todo da
Todo arranca y todo borra
Su catarsis inocular los ríos de sangre y carne viva
Su energía mortifica a los vacíos de palabra
Porque su palabra transmite el legado a seguir
Palabra que hiere y no mata
Palabra transgresora del espíritu

Palabra teórica y amada
En aquel espacio de carne marcada
En una, dos, cientos miles... mantengo viva mi patria
Yo la miro con los ojos y con el alma
A sus rasgos visibles limitados
A los invisibles ilimitados
Estas características se reúnen y la unen
Se unen a ella como forma y vitalidad
Ella es mi patria
Patria que está más allá de las consecuencias de otros
Más que el resultado azaroso de las decisiones
Es el contenido, el inicio y el final
Mi sentir y mi decir
Mi pensar y mi pesar
Es lo que te dicen que no es
Lo que es duda
Lo que no tiene sentido
Es la cicatriz de mi nacimiento.

OCTUBRE



Yo sólo trato con muertos

Norma Dennise

¡Aléjese, lector! Aléjese de este maldito texto que guarda celosamente el origen de mi desgracia. He decidido escribirlo para liberar, aunque sea un poco, la mórbida presión que me asfixia. Cada latido me condena a esta tormentosa existencia, de la que no quiero hacer partícipe a nadie más, pero como todo débil humano, necesito comunicar esta infinita agonía. La solución sólo la encontré escribiendo.

La labor de un médico forense es ardua. Demanda atenciones especiales, sobre todo: el control de las emociones; características como esa y otras afines las he poseído desde que concluí mis estudios de medicina. Nunca creí que algo pudiera sorprenderme demasiado.

Esta noche de tormenta se celebra Halloween, una festividad que nunca pasa desapercibida, pues el índice de muerte incrementa. Hay más trabajo, más crímenes y más gente disponible para montar guardia. Yo conducía por la carretera para regresar a mi casa. Había sido un día difícil, pero mantenía la calma para dominar el abrumador cansancio.

Entonces vi su silueta cadavérica. No pude evitar notar aquella gabardina que llevaba puesta. Parecía abrazarla con fuerza, como si él la cubriera a ella. Su imperturbable cuerpo lucía grisáceo a la luz de la luna. Caminaba encorvado, mirando el lodo producido por la tormenta que parecía no tener fin.

No sé qué fuerza maldita provocó que me detuviera para ayudar a ese hombre, después de aquel acto nadie iba a necesitar tanta ayuda como yo. Bajé del auto para ofrecerle llevarlo al pueblo que se hacía más lejano considerando la espantosa tromba que nos acompañaba.

Apenas se inmutó con mi propuesta. Fumaba el aire como si de un puro imaginario se tratase, aspiraba con desesperación porque parecía calmarlo, pero ninguna de estas características llamó tanto mi atención como aquellas frases que musitaba en una lengua extraña que no logré identificar. No puedo describir lo macabro que era escucharlo repetir una y otra vez el mismo sonido sin abrir la boca.

En cuanto accedió y subió al auto, el ambiente comenzó a tornarse más gélido cada vez. Sentía cómo el frío me trituraba los huesos despiadadamente, sin embargo, seguí conduciendo. Miraba de reojo al hombre que parecía cada vez más alterado, pero él nunca

quiso mostrar abiertamente sus inquietudes, mantenía esa personalidad enigmática y abrazaba fuerte la gabardina por encima de su estómago.

Ni hablar de su aspecto físico. Tenía la piel tan pálida que casi podían verse sus huesos a través de ella. Nunca vi un hombre vivo de aspecto tan mórbido y lúgubre como él. La única gente que he visto con características parecidas está muerta, yo sólo trato con muertos.

Pude hacerlo bajar del auto en cualquier momento. Estoy segura de que él no se hubiera negado, pero algo me mantenía allí, mirándolo de reojo, hipnotizada por su misterio. Fue entonces cuando habló claramente: “Mis vísceras se han derretido, mi cerebro se ha podrido, me encuentro en el infierno. Estoy muerto”.

Yo sólo reí nerviosamente, pero nunca olvidaré esas palabras. En mi oficio de médico el escepticismo es muy necesario. Sólo existe lo científicamente comprobable y verlo sentado allí, junto a mí, indicaba, evidentemente, que sólo quería bromear conmigo o que estaba hablando en sentido figurado.

Le sugerí que se quitara la gabardina, pues el agua escurría sin cesar, mojándolo, además no se veía muy cómodo con ella. A pesar de mis invitaciones, siguió abrazándola con fuerza. Luego todo se tornó más

macabro. Las indescifrables palabras aumentaron su volumen. Entonces descubrí sorprendentemente que, en efecto, las voces no venían de su boca. Sus labios jamás se movieron al decir esas maldiciones espectrales.

Los sonidos seguían aumentando de volumen cada vez más y más, desgarrando sin piedad mis oídos. Me retorció de dolor, no sentía mi cuerpo, estaba aturdida. No existen adjetivos suficientemente lóbregos para describir la brutal desesperación que me invadió en esos momentos.

Cuando pude recuperar un poco la cordura, noté que el hombre estaba desmayado y, sin saber cómo, el auto ya estaba estacionado en medio de la carretera. Intenté auxiliarlo, le quité la sucia y pesada gabardina.

El momento más espeluznante de mi vida estaba a punto de presentarse. Descubrí bajo la gabardina, un vientre hinchado, azul verdoso: el color de la podredumbre; sin embargo, eso no era lo más escalofriante: las voces, esas palabras indescifrables provenían de su fétido estómago y parecían estallar desde adentro, descomponiendo el ambiente con su potente olor putrefacto. “Por eso se cubría”, pensé, esta es la causa.

Lo llevé de inmediato a mi lugar de trabajo porque no pude pensar mucho y fue lo único que se me ocurrió. Cuando llegamos revisé su pulso... Nada. Con sorpresa

y alivio lo llevé a la plancha, compañera de todos los días.

Mi mano temblorosa tomó el bisturí, pero cuando corté me estremecí infinitamente al descubrir que ese hombre no tenía vísceras. Él lo dijo, me lo había advertido, sólo era cuerpo: pedazos de carne muerta que, inexplicablemente, caminaban por la carretera durante esa escalofriante noche de tormenta. Nada, además de piel y huesos pútridos. Donde tenía que estar su estómago sólo había incontables gusanos repugnantes que se arrastraban y parecían multiplicarse al intentar ganar espacio dentro de aquel cuerpo hueco.

Tengo que irme de aquí. Perderé todo. Nadie debe enterarse de esto. No sé qué hacer con el cuerpo. No sé si va a despertar. Esas voces. Las escucho. ¡Vienen de mi estómago! La gabardina, ¿dónde está la gabardina?

DICIEMBRE



La magia de la Navidad

Patricia Alba

Navidad eres tú, cuando naces
como el árbol perfecto y águila al amanecer,
como aquella estrella azulada, que ilumina
el camino de la vida,
como aquel abeto lleno de hojas que
esparce frutos de dulzura y gratitud.
Navidad eres tú, cuando los ángeles bajan
del cielo, a vislumbrar armonía en el regazo
de aquel necesitado,
como aquel molle coplero que alegra
el alma de los niños con su canto.
Como el encanto de las flores que enfrenta
el invierno, para cubrir de amor y perdón el corazón.
La estrella de David está en ti,
cuando descubres ser luz en una noche oscura
como la lluvia que fecunda a toda la humanidad
desprendiendo sueños e ilusiones
como aquellos vientos que emanan mensajes
de transformación, innovación e igualdad.
La magia de la Navidad eres tú, la inquieta voz

de las montañas, lagos y bosques
Navidad siempre serás tú, el pino, las campanas,
el amanecer del alba y la voz de la conciencia
de un niño nacido en Belén llamado “Jesús”
que vino a salvar el mundo y con su luz
irradiar nuestro verdadero ser, ¡el amor!

Deseos decembrina

Liliana Flores Flores

Este año nos íbamos a besar debajo del muérdago. Y ahí está, una corona mal hecha justo sobre donde él está sentado, pero no estás tú. Es precisamente por eso que vine aquí, que hice una cita con él en este lugar.

Parece una cafetería al viejo estilo. El jardín, sitio que elegí para toda nuestra charla, está lleno de luces de colores y sobre la fuente hay distintas velas aromáticas encendidas. La música de ambiente es terrible, eso sí, consta de un montón de villancicos en distintas versiones. Además, hace frío y el café me sabe a agua sucia. Sin embargo, él es un tipo agradable, de verdad, tiene el cabello corto y la cara redonda. Habla mucho y no ha dejado de intentar con sutileza el hacerme cambiar de opinión. En cada uno de sus intentos, tomo un sorbo y pienso *qué, tú también me vas a hablar de los demás peces en el mar*, pero no digo nada.

No he dicho mucho desde que llegué, de hecho. Él está bien con eso y mis pequeñas intervenciones a veces lo hacen reír. Le cuento sobre mi verano en San Pedro cuando de pronto, en la otra mesa, una señora

tiene un ataque de pánico; parece que se ha retractado de cualquier decisión anterior y se marcha. Él se encoge de hombros, como avergonzado, luego me pregunta:

—¿Quieres pedir algo más? ¿Un último postre? — lo pienso por un momento, pero le digo que no, gracias, que él puede pedir uno si así lo desea. Pero comienza a contarme de su intolerancia a los azúcares refinados y a la lactosa y que por eso se ha pedido un café negro.

Pasa los siguientes minutos divagando. ¿Están seguros de que es un experto? Quiero ir al grano. Pierdo aún más el hilo de la conversación cuando la mesera atraviesa corriendo el jardín para recoger una vajilla que ha caído al suelo. A un sujeto se le ha resbalado de las manos, su acompañante se pone de pie, le toma la temperatura, mira al reloj y hace anotaciones y anotaciones.

—Aún estás a tiempo de volver a casa, puedo pedirte un taxi —mi acompañante me ofrece. Me aclaro la garganta sin despegar la vista del sujeto de la vajilla. Se ve tranquilo, sentado sobre su silla, con los ojos cerrados. Como si solo se hubiera quedado dormido luego de su bebida favorita y sus panqueques de arándanos.

—No —le digo—, pero dime ¿por qué me quieres hacer cambiar de opinión? ¿no se supone que el punto

de todo esto es que me lleves a donde yo quiera? Te conviene ¿o no?

—Solo intento poner sobre la mesa todas las posibilidades. Y, además, me has caído muy bien —susurra en el tono más serio posible y, como quien no quiere la cosa, me continúa platicando sobre sus gatos, me deja tocar su suéter y me mira, ahora más profundamente que antes. Siento que puede leer mi mente y verte ahí, ocupando cada espacio, como si fueras un elefante gigante viviendo en mi cabeza.

Luego de minuto tras minuto intentando no tocar la herida abierta, me pregunta *¿cómo pasó?* Quiere saberlo, por supuesto, es el procedimiento estándar. Respiro profundo, los ojos me pican, así que evito todo contacto visual cuando empiezo.

—Fue esta primavera. Fue... inesperado. Resbaló. Yo, yo no estaba en casa y... —guardo silencio. Que él hable por mí, que le dé a entender cuánto me cuesta recordarte.

—Estoy seguro de que hubiera querido otra cosa para ti. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? —Busca algo en mi rostro, no sé qué es.

—Sin dudarlo —digo y retrocedo para encogerme sobre la silla mientras llama a la mesera con un gesto.

—¡Katy, cariño, trae un café especial! —le dice, por fin, cuando la ve cruzar el pasillo. Ella me sonrío. Este pedido no se demora, huele muy bien y el primer trago me sabe dulce.

—¡Así nomás! —exclamo. Tanto espanto por un café especial.

—Sí, toma unos minutos luego del último trago. ¿A quién llamamos cuando suceda?

—No tengo a nadie.

—De acuerdo. La empresa se encargará de eso, entonces —sonrío. Ahora me parece más fácil. Él toma mi mano entre las suyas, me acaricia los nudillos con sus pulgares.

—No, que no le cueste trabajo dejarme ir. Usted y yo no nos conocemos.

—No. Ya sé. Es solo que me ha caído muy bien —y qué formalidades agarramos cuando ya estoy a punto de cruzar la línea—. Todos viven el duelo de maneras diferentes. Hay más posibilidades.

—En otra vida, corazón. En esta, a la mía ya se la han llevado. Por eso he venido aquí —es todo, bebo mi café especial de un sorbo, todo se vuelve azul por un momento, luego se aclara y él está ahí, desmoronándose sobre su silla.

—Está bien. Tomará un momento, querida —le escucho decir. Luego una voz atraviesa los altavoces: “Gracias por venir a Deseos decembrina, qué todos ustedes tengan una feliz Navidad”. Mi taza rueda hasta el suelo. Es como quedarme dormida después mi café favorito.

2022

MARZO



La mátrix

Victoria Gómez

Te sentaste
armaste un cigarrillo
me enderecé
por pochoclo y vino
y vos ahí
no me quiero enganchar
y yo ahí
a qué viene eso
y vos que noséqué
y yo que quéséyo
un poco fue
como romper la mátrix
yo me pregunté
si existían respuestas espontáneas
frente al deseo de serlo
porque a veces siento que plantearlo
lo anula por definición
a vos no te gustan
las definiciones
yo no hago otra cosa

que estudiar palabras
te corro de mi objeto de estudio
vos me corrés de vos
yo corro por vos
yo no te alcanzo
alcanzarte te anula

...

por definición
vos te escapás
yo escribo poesía

ABRIL



Para los días | que faltan por llegar | a nuestras vidas

Rodolfo Esquivel Tiscareño

Dibujo flores
mientras unas intentan
ya no secarse.

Tanto tu esfuerzo
para un solo galumbo,
bello maguey.

A veces solo
hay que detenerse a
oler las flores.

Aroma efímero
como el del petricor
en el desierto.

El palo verde
nos vuelve a florecer
después de todo.

Bajan las flores
como un río dorado
entre los cerros.

Quisiera no
marchitara las flores
que tú me has dado.

La liebre huye.
No se detuvo para decir
adiós.

Jardinería,
los bichos en mis manos,
tierra en mis suelas.

Las flores de oro
nacen y se desprenden
sobre el sendero.

Explota el cactus,
colores irreales
no más de un día.

Y ahora anhelo
que los árboles vuelvan
a florecer.

Portafolio

Michelle Furman

Las áreas de interés que frecuentan mi trabajo suelen ser generados por una necesidad de autodescubrimiento a través de distintos elementos que reconozco y defino como personales que al mismo tiempo me han ido formando, por ejemplo: la recreación de la dualidad del desierto y el mar gracias a la influencia sudcaliforniana, siluetas humanas por lo general abstractas como una forma de reconocimiento hacia mi persona —consecuencia inconsciente de mi disociación crónica—, y una carga maximalista que puede ser visualizada por la elección de la paleta de colores utilizada, la imagen en representación o material de apoyo.

